

ENSAYO EN BLANCO

Cerró el cuaderno de tapas negras con hojas cuadriculadas, estiró los brazos hacia el techo antes de poner las manos detrás de la nuca, mientras arqueaba la espalda con un pequeño gruñido para descargar la tensión. Se levantó de la silla y fue al ventanal con la taza de zumo cogida por el asa, puso el hombro sobre el marco de madera mientras miraba la nieve caer en una desapacible mañana de invierno.

Dedicaba las primeras horas de la mañana a trabajar en la novela que iba a publicar. Todavía en la fase previa, escribía en su cuaderno para diseñar la estructura del libro, después cuando la idea estuviera madurada, vendría la escritura propiamente dicha, y esa la hacía directamente en el ordenador. El contrato que firmó con la editorial por cinco años cuando le concedieron el premio a su primera novela, le obligaba a publicar un libro anual. Con el actual finalizaba su dependencia y quería tomarse un año sabático para reflexionar sobre lo que escribir en el futuro. Los ingresos que estaba obteniendo y el nombre que se había creado le permitirían escribir lo que quisiera sin tener que atender las recomendaciones de los editores.

Se apartó de la ventana y fue a encender la radio. Además de su trabajo narrativo, publicaba una columna en un semanario, por lo que tenía que seleccionar temas de actualidad que tuvieran, al menos, quince días de recorrido, período de antelación con el que entregaba su crónica. No era fácil encontrar temas que no se repitieran y a la vez resultaran originales para los lectores.

Ojeó los resúmenes de noticias que elaboraban para él en la editorial y le hacían llegar cada mañana a primera hora, encendió el ordenador para consultar también las publicaciones digitales. Algo le llamó la atención en la entrevista que estaban realizando en la emisora que escuchaba habitualmente. No sabía quién era el personaje, pero captó toda su atención:

“Se suele decir que uno se ha quedado en blanco cuando no sabe que decir en un momento determinado. Yo digo que esa expresión es errónea, nadie se puede quedar en blanco, porque el blanco no existe. Si nos referimos a los colores, por ejemplo, a veces he oído decir que el blanco no es más que la ausencia de color. ¡Falso!. Desde el punto de vista científico es todo lo contrario, *se dice que un cuerpo es blanco cuando en el espectro están presentes todos los colores*. Por otro lado, *el blanco se puede definir a partir de la composición de colores, con los porcentajes necesarios de cada uno, si bien no hay una única definición de blanco*. Cuando vemos las montañas nevadas nos parecen de una blancura inmejorable, pero no nos paramos a pensar que es sólo un efecto óptico. Los copos de nieve son cristales hexagonales con aire entre medias, transparentes como el hielo, esas zonas con aire difunden la luz, aunque su tamaño es suficientemente grande para que no se aprecie selección cromática, por eso nos parecen blancos. Sin luz la nieve sería negra. Para mí como filósofo, me interesa ese concepto en la existencia humana. La mente no se detiene nunca, el día que lo hace se deja de existir. Cuando decimos que nos quedamos en blanco, no es que estemos vacíos, es que no somos capaces de organizar la información de nuestro cerebro hacia un fin concreto. Por

eso creo que el ser humano debe aprender a dominar su mente, no puede abandonarse y perder el control, porque entonces no sería capaz de reflejar nada, sería como la nieve donde los rayos luminosos se pierden en el caos de su estructura”.

El locutor tomó la palabra para clarificar algún concepto, pero él ya había dejado de escuchar. ¿Era eso lo que le estaba pasando? ¿Estaba saturado de ideas y por eso no era capaz de ver su próxima historia? Intentó concentrarse, cogió un folio y lo puso ante sí, tomó la pluma y empezó a escribir. Apenas había rellenado un cuarto de página cuando emborronó lo escrito y apartó el papel. Cogió uno nuevo, los comparó, no tenían el mismo color algo imperceptible los diferenciaba. Volvió a poner letras y una vez más tuvo que desechar la hoja.

Puso la pluma sobre la mesa, tomó un sorbo de zumo. Sentía el síndrome de la página en blanco, no era la primera vez que le sucedía, pero siempre había salido del agujero. Cada página en blanco era única para él, cada una había venido provocada por un acontecimiento impactante. Ahora quizá sería la vista cercana de su liberación intelectual, la expectativa de una vida literaria independiente, sin premisas, sin exigencias. Pero esa libertad le asustaba, ¿sería capaz de mantener la fidelidad de sus lectores?

Empezó a garabatear un nuevo folio en blanco. Al cabo de media hora releía lo escrito, cuatro correcciones y listo para enviar al semanario. Lo titularía “Ensayo en Blanco”

Abrió el cuaderno de tapas negras con hojas cuadriculadas. Repasó lo escrito, tachó, reescribió, trazó flechas, conexiones, números dentro de un redondel. La mañana siguiente comenzaría con el ordenador.

22 de marzo de 2012

Luis Marín